

Rompe a danzar al son
del pandero.

—Yo soy, tiri ti ti tina,
flor de la jacarandina...!—

DON RAMÓN

Levantándose poco a poco, acechando por si alguien entra a perseguirlo, y recobrando, a medida que se tranquiliza, su grandiosidad de fanfarrón.

¡Baja a ver si le maté...!

Risas fuera. ROSAL continúa danzando, mientras cae el telón.

EL TRIUNFO DEL AMOR

EL TRIUNFO DEL AMOR

Leyenda dramática en dos actos,
de Giuseppe Giacosa, puesta en verso
castellano

POR

Francisco Villaespesa

1917

THE HISTORY OF
ROMA III

BY
MRS. J. H. B. [unclear]

LONDON: [unclear]

PERSONAJES

DIANA DE ALTENO.

HUGO DE MONSOPRANO.

GERBERTO, viejo escudero de Diana.

VISCARDO, escudero de Diana.

GASTÓN, paje.

MARTÍN, soldado.

GOTTIFREDO, escudero de Hugo.

Damas, pajes, porta-enseñas y hombres de armas.

La acción, en el Castillo de los Alteno, en el valle de
Aosta.—Epoca: siglo xiv.

ACTO PRIMERO

Salón feudal. A la izquierda, una gran puerta. A la derecha, una ojiva, con la vidriera emplomada. Las paredes, cubiertas de tapices y rodeadas de bancos corales de madera esculpida, con altos respaldos tallados. Por cima de los tapices corre una franja de madera pintada con extrañas figuras de tonos vivos y fúlgidos, sobre la cual se apoya el techo, de ricos artesonados encuadrados en relieves dorados que imitan follajes y flores. En los cuadros fulguran las armas del escudo familiar: un león de oro en campo de gules. En el centro de la pared del fondo, se alza el sillón señorial, cuyo respaldo se curva en lo alto en forma de baldaquino. Por todas partes, sobre los muebles, esculpido, tallado o pintado, el escudo de los Alteno, que también fulguran en el peto de las damas, de los pajes, de los siervos y de los hombres de armas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VELA"
AÑO. 1925 MONTERREY, N. L.

ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO Y GASTÓN

DIANA

A Gastón.

¡Honrad al caballero que honra la casa mía!
¡Que sea mi castillo pródigo en cortesía,
y que repose donde le plazca...! ¡Todo es suyo...!

Volviéndose a Gerberto.

¡De su audacia, Gerberto, yo domaré el
orgullo...!

De nuevo se dirige a
Gastón.

Y si él lo pide, en tanto que las fuerzas renueva,
se aplazará la justa... Será la última prueba
mañana...

Sale Gastón, después de
inclinarse cortésmente de-
lante de Diana.

GERBERTO

A Diana.

Es conveniente tu consejo, y podría
ser aún más justo...

DIANA

¿Cómo...?

GERBERTO

Oye. Su bazaría,
las pruebas que ha vencido, su juventud, su amor
y su nombre, debieran mitigar tu rigor...

A su esfuerzo sonríe la Fortuna, y en vano
quieres que le abandone...

DIANA

¿Qué me pides?

GERBERTO

La mano,
que si vence, forzada le darás, generosa;
dásela sin más pruebas, y sé hoy mismo
su esposa...!

DIANA

¡Jamás...!

GERBERTO

Nuestra existencia el amor engalana.
¡No asesines tu vida...!

DIANA

¡Ay! Bertrada, mi hermana,
amó con todo el fuego de una pasión inmensa,
y sólo el abandono tuvo por recompensa!
Y ella, que era mi única y amante compañía,
se fué apagando en una lenta y sorda agonía;
y yo, junto a su lecho, vigilaba entre tanto,
escuchando sus quejas y enjugando su llanto...!
Murió joven, a causa de su amorosa herida...
¡Su amor también a ella le engalanó la vida!

GERBERTO

Fué una desgracia...

DIANA

El día en que por vez postrera
floreció la sonrisa en sus labios de cera,
en que la vi más blanca que las ropas del lecho,
y recogí el último suspiro de su pecho,
¡por el negro vestido que mi cuerpo envolvía,

a mi propia conciencia le juré, en aquel día,
no abrir, Gerberto, nunca las puertas de mi seno
a los vagos encantos de un afecto terreno!

GERBERTO

¡Oh, qué dura promesa...!

DIANA

Desde entonces, segura
y firme en mis propósitos, como en una
armadura,
siento mejor la vida... Mi firmeza atesora
tal poder, que me he hecho de mí misma,
señora...!
Y encerrada en mi orgullo como en un casto
velo,
mi único prometido es Dios, y está en el cielo!

GERBERTO

¡En el tiempo sus rosas la juventud deslíe,

y es muy triste la casa donde el amor no ríe!

DIANA

¡Vengan los años...! ¡Sola, en mi castillo viejo
sin temor les aguardo...! ¡Yo desprecio el cortejo
de las cortes de amores! En mi ser se renueva
un ánimo salvaje, y venceré en la prueba
a la naturaleza femenina vedada...

¡Sólo sueños triunfales encienden mi mirada...!
¡Luchas en campo abierto, clarines de victoria,
y ceñir a mis sienes el laurel de la gloria!
Y cuando fatigada la pupila se clava
en las venalidades de una mujer esclava,
de vergüenza me enciendo... El escudo glorioso
de mis abuelos muestra un mar tempestuoso,
cuya leyenda, ornada de un dorado racimo,
dice en letras de sangre: —Luchando
me sublimo...—

¡Hija de la más noble familia montañesa,
seré como ella heroica, y mantendré mi empresa!

GERBERTO

¡Alabo tus propósitos y tu valor bendigo...!
Mas ¿quieres que tu estirpe también muera
contigo...?

DIANA

Sorda no fui a tus ruegos. Te prometí casarme...
¡Mas antes, quien me quiera tendrá que
conquistarme!

GERBERTO

¿El conde Hugo no es digno?

DIANA

¡Su valor ha probado...!
¡Que pruebe ahora su ingenio...!

GERBERTO

¡Tres veces le he mirado

vencedor del torneo, cortésmente ofrecerte
 las gloriosas preseas que conquistó su suerte...!
 En sus negras pupilas brillaba el amor, tanto,
 que más de una doncella sintió correr el llanto
 por sus blancas mejillas... ¡Tres veces
 ha vencido...!
 De la primera prueba vencedor ha salido...

DIANA

¡Mas, falta la segunda...! ¡Difícil le ha de ser
 también los tres enigmas propuestos, resolver!

GERBERTO

¿Y si de alguno de ellos yerra la solución...?

DIANA

El pregón está claro: le aguarda la prisión;
 y prisión sin rescate... Si acierta, será suyo
 mi nombre... ¡Que lo gane...!

GERBERTO

¡Me lastima tu orgullo...!

Gastón entra y se inclina
 respetuosamente ante Diana.

DIANA

A Gastón.

¿Qué pasa?

GASTÓN

¡El conde Hugo, devotamente implora
 ofrecer sus respetos a mi noble señora!

DIANA

¡Que pase...!

Gastón desaparece, y Dia-
 na se vuelve a Gerberto.

¿Mi firmeza te espanta? ¡Acepto el reto
de su orgullo, y veremos quién triunfa!

¡Yo someto
al fallo inapelable de la suerte mi vida...!

GERBERTO

¡Te ama tanto...!

DIANA

¡Le odio...! ¡Que la suerte decida...!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, HUGO y GASTÓN; éste alza la cortina y se inclina para que pase HUGO, permaneciendo en el umbral, como esperando órdenes.

DIANA

A Hugo.

¿Recibiste el mensaje...?

HUGO

Cortésmente.

¡Y por ello venía
a rendiros las gracias, bella señora mía...!

Tu atención me da alientos...

DIANA

Con severidad.

¿Conoces las pragmáticas
a las cuales debemos ajustar nuestras pláticas...?

HUGO

¡Saberlas y acatarlas es de nobles varones!
Mas tantas cortesías y tantas atenciones
como en tu hospitalario castillo he recibido,
me han conmovido tanto que sus leyes olvido...!

DIANA

¡Recibir en sus tierras, entre mi gente es ley,
con igual cortesía a un mendigo que a un Rey!

HUGO

¿Quieres de los enigmas la prueba, hasta mañana
aplazar...?

DIANA

Si tú quieres...

HUGO

¡Yo, noble castellana,
no acepto la demora, porque mi amor ansía
vencer la última prueba para llamarte mía...!

DIANA

Será ahora...

HUGO

Mil gracias... ¡Tan alto es el trofeo,
que los instantes siglos son para mi deseo...!

DIANA

A Gastón.

¡Ve y anuncia la justa, y convoca a mi corte...!

El paje se inclina y sale.

DIANA

Aparte, contemplando a
Hugo.

¡Qué soberbio es su gesto...!

Se dispone a salir.

HUGO

Viéndola desaparecer.

¡Qué arrogante es su porte!

ESCENA TERCERA

HUGO y GERBERTO

HUGO

Señalando a la puerta por
donde salió Diana.

¡Por encender anciano, esa belleza fría;
porque ardiese en las llamas de este amor,
yo daría
mis veinte años, mi nombre, mis torres
almenadas,
mis espuelas de oro, mis armas, mis mesnadas;
todo el oro y los siervos que hacen rica mi tierra,
mi corte, mis halcones, mi caballo de guerra;

hasta el azul penacho de mi estirpe trofeo,
y el dorado oriflamo, primero en el torneo...!
¡Por sola una mirada, diese el alma encendida,
y por una sonrisa, diese toda mi vida...!

GERBERTO

¿La amas tanto...?

HUGO

Vagaba por países lejanos
en busca de aventuras y triunfos sobrehumanos,
cuando oí que una noble condesa desdeñosa
daría las primicias de su mano de esposa,
al que en justa de armas sacase triunfador
en reñidos encuentros, tres veces, su valor;
y después resolviese tres enigmas... La nueva
me hizo reír, y quise concurrir a la prueba...
La fama pregonaba que era la desdeñosa
más noble que una reina, más bella que
una Diosa...

Nada de esto me atrajo... ¡Sólo pensé vencer
el orgullo soberbio de esta hermosa mujer,
y probar en la liza y en las justas de amor
a un tiempo, ante sus ojos, mi ingenio
y mi valor...!

Vine a vencerla a ella, y me venció la dama...
¡Es más bella y más noble que pregonaba la Fama...!
He recorrido Europa, al son de mi laúd...
Bellas damas amaron mi ardiente juventud...
Conozco las sonrisas de la vieja Castilla
y los procaces besos de Granada y Sevilla...
Del Rhin las hijas pálidas ostentan el tesoro
de sus ojos azules y sus bucles de oro;
Francia, lirios y rosas en su jardín encierra;
son lánguidas y pálidas las hijas de Inglaterra...
Pero ninguna he visto, ya noble, ya villana,
que tuviese la altiva belleza de Diana...!

GERBERTO

Hermosa como un ángel, más fiera y desdeñosa...
Conmigo, con los suyos, con todos, es piadosa.

Su castillo del pobre es el mejor abrigo:
 sus propias manos sirven y curan al mendigo.
 Con el humilde, humilde, y con el noble, altiva...
 Su ternura se esparce como una fuente viva...
 Sólo escuchar no puede una frase de amor,
 aunque la pronunciara el mismo Emperador...!
 Daros puedo un consejo...

HUGO

Soy yo quien te lo pido.

Habla...

GERBERTO

Olvidadla...

HUGO

¿Cómo...?

GERBERTO

¡Que la déis al olvido!

HUGO

Mas ¿por qué...?

GERBERTO

¡Porque es, conde, difícil la victoria...!

HUGO

¡Pues siendo más difícil será mayor la gloria!

GERBERTO

Si de los tres enigmas no acertáis el sentido,
 seréis su prisionero...

HUGO

¡Sus ojos ya han prendido
 mi corazón...! ¿Qué importa...?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1966 1625 MONTERREY, MEXICO

HUGO

¡Mi corazón devora
tu sentencia...!

GERBERTO

¡Silencio...!

VISCARFO

Desde la puerta.

¡Aquí está mi señora!

ESCENA CUARTA

Dichos, DIANA, GASTÓN, VISCARDO, MARTÍN, damas,
pajes, escuderos, hombres de armas, y después

GOTTIFREDO

Entra Diana, precedida de un porta-enseña, de sus escuderos, entre los cuales está Viscardo, y de cuatro oficiales que visten largas túnicas. La siguen sus damas, ostentando sus mismos colores; los pajes, entre los cuales viene Gastón, conduciendo sobre un rico cojín bordado en oro, dos pergaminos sellados, y los hombres de armas comandados por Martín. Los hombres de armas, los oficiales y los pajes, se colocan en orden a los dos lados del sillón señorial. El porta-enseña a la derecha.

DIANA

A Hugo.

¿Persiste...?

HUGO

Sí. Persisto...

DIANA

Llamando.

¡Viscardo...!

Hace una señal a Viscardo para que recoja el pergamino. Viscardo obedece.

HUGO

Mirando en torno suyo.

¿Y mi escudero...?

DIANA

Volviéndose a los suyos.

¡Buscadle!

Un paje sale. Diana se vuelve a Hugo.

Conde, aún puedes retroceder...

HUGO

Decidido.

¡No quiero...!

Seguiré mi destino... En mi escudo hay escrito este lema arrogante: ¡Mudar ley es delito...!

DIANA

Hace una seña a Gastón, éste se aproxima, y le presenta respetuosamente en el cojín bordado el otro pergamino. Diana lo toma y se lo entrega a Gerberto. Después se vuelve a Hugo.

Aquí están encerrados los enigmas...

UNIVERSIDAD DE NUEVO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Gerberto se inclina, recoge el pergamino, y conduce a Diana al sitial. Apenas se sienta ésta, las damas la imitan, agrupándose en torno suyo. Gottifredo entra y se aproxima a Hugo que está colocado a la izquierda del trono. Después, a una indicación de su señor, pasa a colocarse delante de Diana, inclinándose profundamente. En sus manos conduce, como un don, el yelmo de Hugo, sobre el cual se alza un gran penacho azul.

GOTTIFREDO

A Hugo.

¡Señor!

HUGO

Quédate aquí.

GOTTIFREDO

En voz baja, aproximándose a su dueño.

¡Dios quiera que salgas triunfador!

VISCARDO

Casi en el centro de la escena, desenvuelve el pergamino y empieza a leer en alta voz.

—Aquél, de noble sangre, que quiera por esposa a Diana de Alteno, condesa de Perosa, y marquesa de Fronte, de Quarto y Burgobranco, dueña de cien castillos, con feudo antiguo y franco,

deberá sin tardanza, después que haya salido
 vencedor en tres lizas, sin haberse valido
 de filtro, brujería o infernal amuleto,
 descifrar tres enigmas que ella escogió
 en secreto;
 y si falla en alguno, a prisión sin rescate
 le condena, aunque haya vencido
 en el combate!—

GOTTIFREDO

Que a una señal de Hugo
 habrá ocupado el puesto
 de Viscardo, leyendo
 también un pergamino.

—Mi señor y mi dueño, Hugo de Monsoprano,
 Conde de Chiusi y Orcia, y senador romano,
 Duque de Torreestrada y de Pennino, a vos,
 Reina de la belleza por la gracia de Dios,
 después de haber vencido en la primera prueba,
 su más fiel y constante sumisión os renueva,
 y os promete, si falla algún enigma ser
 a vuestro arbitrio preso...—

DIANA

A Hugo.

Yo juro mantener,
 por mi honor, mis promesas...

HUGO

A Diana.

¡Mi fe de caballero
 os responde de cuanto ha dicho mi escudero!

Pequeña pausa. Todos
 se agrupan ansiosamente,
 deseando conocer el re-
 sultado de la prueba.

DIANA

¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme sabría
 aquel misterioso y raudo milano
 que jamás obstáculos encuentra en su vía;

que está al mismo tiempo, presente y lejano;
que anda y no se mueve, de noche y de día;
que ve sin ser visto, y a sí se mantiene,
y cuando más gasta más reservas tiene...?
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme sabría...?

HUGO

Después de vacilar un
momento.

El enigma es fácil, señora. El milano
que está, al mismo tiempo, presente y lejano;
que por todas partes a volar se atreve,
que ve sin ser visto, que anda y no se mueve,
que en su propia vida tiene su alimento,
y dando se agranda: ¡es el Pensamiento!

GOTTIFREDO

En voz baja, a Hugo.

Señor, se ha puesto pálida...

GERBERTO

Después de haber abierto
el pergamino.

Acertó el caballero...
¡El Pensamiento es el enigma primero...!

GOTTIFREDO

En voz baja, a Hugo.

¡Señor, con esa suerte nada os vence en el
mundo!

HUGO

Mirando a Diana.

Ya he acertado el primero... ¡Veremos
el segundo!

DIANA

Buen Conde; ¿tu ingenio decirme podría

qué cosa es un arma que es noble y villana,
que hiere sin sangre y encierra el mañana...?
Ningún don recoge y dones envía...
De imperios y reinos es germen fecundo;
y sin sus virtudes fuera pobre el mundo...
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme podría?

HUGO

Después de una pausa.

¡La luz de tus ojos me alumbra, Diana...!
¡El arma que a un tiempo es noble y villana,
que hiere sin sangre y encierra el futuro;
que da no teniendo, que es germen seguro
de imperios, y al mundo su riqueza ha dado,
esa arma es, sin duda, señora: el arado!

GOTTIFREDO

Bajo a Hugo, señalando a
Diana.

Señor, está temblando...

GERBERTO

Después de haber leído el
pergamino.

¡También acertó...! Es
el arado...!

En voz baja, a Diana.

Diana, cede ahora, ya ves
su fortuna...

HUGO

¡Yo juro libertar a doscientos
prisioneros de guerra, si triunfo...!

GERBERTO

En voz baja, a Diana.

Tus intentos
son vanos... Cede...

DIANA

En voz baja, a Gerberto.

¡Basta...! ¡No me pidas que ceda...!

HUGO

A DIANA.

Ya he acertado el segundo... ¡El último
me queda!

DIANA

Poniéndose de pie.

El buen caballero, decirme sabría
¿qué cosa es la perla que es luz de sí propia,
qué luz y colores al cielo le copia
y luz y colores al cielo le envía...?
Presa está en su cárcel, y en ella se encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra...
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme podría?

Hugo no responde. Expectación general.

GOTTIFREDO

Mirando a su señor, después de una pausa. Acercándose y hablándole en voz baja.

¡Por San Jorge...! ¡Se calla...! ¡Ten ánimo...!

VISCARDO

La suerte
le traiciona...

GERBERTO

Bajo, a Diana.

¡Sé buena, ahora que eres más fuerte!

DIANA

A Hugo.

¿No respondes a esto...? ¿Por vencido te das...?

HUGO

Como iluminado por una
idea súbita.

¡Ah...! ¡No...!

Reanimándose.

DIANA

Yo te perdono si te rindes...

HUGO

Con altivez.

¡Jamás!

DIANA

Prosiga la contienda... ¿Cuánto tiempo
es bastante

para que me respondas...? ¿Una hora?

HUGO

Rapidísimo.

¡Un instante!

¡Esa rara perla que es luz de sí propia,
que nos da más luces que aquellas que copia;
que al par que está presa en su cerco encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra;
y es fulgor que en todo su fulgor destila,
esa perla rara es... vuestra pupila...!

GOTTIFREDO

Ansioso.

¡El Señor le alumbre...! ¿Acertó, Gerberto...?

Todos están atentos y
esperan con la mayor an-
siedad la respuesta de Ger-
berto.

HUGO

A Gerberto.

¿He acertado...? Dime...

GERBERTO

Después de leer el pergamino.

La pupila... ¡Es cierto...!

Hugo y Gottifredo dan muestras de alegría. Diana palidece. Entre los escuderos, los pajes, los oficiales y los hombres de armas, corre un murmullo que Diana hace cesar con un gesto.

DIANA

Descendiendo del sitial y acercándose a Hugo.

¡Venciste! Como esclava a tus plantas
me humillo...

Es tuya mi corona, es tuyo este castillo;
son tuyos mis dominios, mis burgos, mi milicia;
mi heráldico derecho de moneda y justicia;
mi sitio en el consejo del Reino, mis vasallos;
mis siervos de la gleba son tuyos... Cien caballos
han de partir mañana con los más ricos dones
a decirles del reino a los nobles barones
que mi nombre ya ha muerto por siempre,
que has vencido.

¡Y vosotros, recuerdos de aquellos que se han ido,
empresas de mis padres, fortaleza altanera
que ellos edificaron; orgullosa bandera
que eurojeció su sangre en tanta y tanta guerra;
escudos que cruzasteis triunfalmente la tierra;
para dar a mis muertos el último tributo,
desgarrad vuestras galas y vestíos de luto...!
De vuestra antigua estirpe una sola quedaba,
retoño de la encina robusta, y conservaba
puras vuestras memorias... ¡Empieza
una edad nueva!
¡También me han derrotado en la última prueba!

Nuevo blasón se alza sobre el de mis mayores;
nuevo color campea en mis armas. ¡Sus flores
ya no abrirán los lises de plata en mis cuarteles,
ni rampantes leones de fulva cabellera...!
¡Flotará en estas torres otra nueva bandera...!

Dirigiéndose a Hugo.

¡Me has vencido...! Soy tuya: tu presa...
¡Solamente
ante la fuerza rindo la altivez de mi frente...!
Eres dueño de todo; dispón a tu albedrío...
¡Los afectos son libres...! ¡Mi corazón es mío...!

HUGO

Yo alzo mi diestra, y juro, por mí y por Dios
al par,
proponerte un enigma que no has de descifrar...!
Eres diestra en enigmas... Este nuevo combate
acepta... ¿Con él quieres intentar tu rescate...?

DIANA

¿Qué dices...?

HUGO

¡Te devuelvo tu palabra empeñada
si lo aciertas...! ¿Qué dices...?

DIANA

¡Que acepto la jugada!

Ansiedad general. To-
dos rodean a Diana.

HUGO

¿Sabrás tú decirme cuál es de las flores
la más rica y pródiga de veneno y miel...?
Es sol que nos ciega con sus resplandores,
y es copa de oro colmada de hiel...
Si nadie la corta, será todo en vano,
la paz de los cielos, el sol y el rocío,

que esperando siempre que llegue una mano
que no llega nunca, morirá de hastío...!
¡Tú que tanto sabes, dí por cortesía,
de esa flor el nombre y en dónde se cría...!

Todos esperan la respuesta con ansiedad. Diana calla, meditando profundamente.

Después de una corta pausa.

¿Callas...? ¿Doblas la frente y te humillas al fin?
¡Esa flor de mi enigma no brotó en tu jardín...!

DIANA

¡No...! Espera...

HUGO

¡Te devuelvo la palabra empeñada...!
¡A mi orgullo le sobra con mirarte humillada...!
Será triste tu vida. ¡Has negado el piadoso

oficio que te incumbe: no encontrarás reposo...!
¡No eres mujer...! ¡En este sepulcro no han de entrar
ni un gorjeo de pájaros ni un resplandor solar...!
¡En la fúnebre calma de este triste paraje
han muerto las dulzuras del humano lenguaje...!
¡Un día—y no lejano—quizá por los salones
de este vasto palacio, lanzarás maldiciones
sola y desamparada, contra el hosco destino
que ha dejado sin flores y sin luz tu camino!
¡Te vuelvo tu palabra y reclamo la mía...!
Vivirás solitaria, sin paz, sin alegría...
¡Sin mover las pestañas y sin lanzar un grito
has ahogado en tus manos este amor infinito...!
¡La fuente de la dicha tu altivez ha cegado,
y tu estrella propicia tú misma has apagado!
Quédate con tus muertos entre estos muros
fríos...
Yo parto... ¿Tus castillos...? ¡También tengo
los míos!
¿Coronas...? También tengo, y feudos sin
confines,
y miles de vasallos, y burgos y jardines...!

Mi escudo es como el águila que le esmalta
 altanero,
 y en los torneos entre mi oriflamo el primero!
 La noble Italia es pródiga de bizarras doncellas,
 y alguna a quien rendirme encontraré entre
 ellas...!
 ¡Adiós!

VISCARDO

A su gente.

¡A nuestra dueña insulta...!

Incitados por Viscardo,
 los escuderos y los hom-
 bres de armas, que duran-
 te las anteriores palabras
 de Hugo mostraron extra-
 ñeza y después ira, se re-
 vuelven amenazadores.

HUGO

Volviéndose y plantán-
 dose delante de todos.

¡Quien despierte
 el furor de mi acero, encontrará la muerte...!
 ¡Atrás, atrás, villanos...! Aún soy vuestro señor,
 que aunque renuncio al premio soy siempre
 el vencedor...!
 ¡Paso franco, vasallos...!

HUGO

Volviéndose a Diana.

¡Adiós, adiós, señora...!
 ¡Lejos de aquí, conmigo se va también la aurora
 y a tu lado se quedan las sombras del ocaso...!

DIANA

Con la voz profunda-
 mente conmovida. Un
 nuevo movimiento de ame-
 naza entre su gente.

¡Doblad todos la frente, con respeto, a su paso...!

Escuderos y soldados se

abren en dos alas para dejar paso a Hugo, que después de lanzar una mirada altanera a Diana, sale seguido de Gottifredo.

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

Salón en el castillo de Diana. Los muros pintados al fresco, divididos por columnas pintadas que parecen de cristal, con los capiteles y las bases dorados. La pintura del fondo es pálida, y el dibujo ingenuo, representando castillos y paisajes. Las figuras ostentan colores vivísimos, sin medias tintas, y algunas con expresiones grotescas, mas siempre llenas de movimiento. Entre las pinturas y el suelo, un zócalo alto y oscuro. En torno del techo corre una franja de colores vivaces, representando flores y hojas, entrelazadas con suma elegancia y variedad. La techumbre de madera oscura artísticamente artesonada. A la derecha, una ventana con la vidriera emplomada; enfrente, la chimenea amplia y maciza. En la pared del fondo, una puerta central de madera tallada. En el ángulo que forma la chimenea con la pared del fondo, otra puerta de madera tallada, y en el primer término, también del mismo lado, una puerta de dos hojas. Junto a la ventana una mesa sencilla, y en torno de la mesa, algunos escabeles. Junto a la chimenea, donde arde un fuego intenso, un gran sillón de brazales, con el respaldo tallado y ornado en la cimera por una franja con las armas de la Casa de Altono.